

La re-imperialización de Rusia y la guerra global en Ucrania



La re-imperialización de Rusia y la guerra global en Ucrania

Jesús Sánchez Rodríguez

Editorial  **popular**

Editorial Popular, S.A., Madrid, 2024

C/ Leo, 7- local 2. Madrid 28007

Tel.: 91 409 35 73

E-Mail: popular@editorialpopular.com

www.editorialpopular.com

Ilustración portada: Marcelo Spotti

Diseño de colección: Francisco Pino

I.S.B.N.: 978-84-7884-972-7

Depósito Legal: M-M-13919-2024

Imprime: Cooperación Editorial, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos-www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Presentación.....	7
-------------------	---

PARTE I

La contradictoria implantación del régimen putinista en Rusia.....	13
El autoritarismo en la Rusia de Putin y sus fuentes intelectuales.....	37
Los nacionalismos en Rusia	51
El neo-eurasianismo, base para la re-imperialización rusa.....	65
Haciendo retroceder la historia. La reconstrucción imperial rusa.....	79
El viejo imperio zarista y su prolongación soviética.....	101

PARTE II

La política exterior del zarismo y de la Unión Soviética.....	121
Rusia como “caballero negro” protector de regímenes autoritarios en el espacio postsoviético	131
Las revoluciones de colores	149
La inicial política exterior rusa y la seguridad en Europa	165
La política exterior rusa bajo el régimen putinista.....	189
La política exterior general de Rusia: agresividad y resultados ambiguos.....	201
China y Rusia: divergencias y convergencias	221

PARTE III

Ucrania. Punto clave para la re-imperialización de Rusia	241
La guerra de Rusia contra Ucrania. Desarrollo	273
La guerra rusa contra Ucrania y los desafíos geoestratégicos.....	303
Lista de abreviaturas.....	317
Bibliografía	319

Presentación

Este libro es el décimo que diferentes editoriales me han publicado, y otras cuatro obras aunque no llegaron a editarse se encuentran a disposición de todo el público a través de diferentes páginas o portales en internet. Todos estos estudios tratan de diferentes temas de la esfera social y política con un enfoque centrado en la ciencia política. Por lo tanto, no me puedo considerar un especialista en cada una de las materias de las que me he ocupado aunque cada una de mis obras ha sido fruto de un largo e intenso estudio de muchos meses en los que he consultado una gran cantidad de expertos en cada una de dichas materias. La actual obra sobre Rusia cumple con estos requisitos, enfoque politológico, amplia consulta a obras especializadas, y un largo período de confección.

La labor de los especialistas en cada materia es de un valor impagable, son quienes centrando el foco en un tema profundizan intensamente en él reuniendo una gran cantidad de información y reflexiones que le enriquecen y muestran en toda su profundidad. Pero también creo que es necesaria la labor de quienes buscan elevarse por encima de la especialidad de un tema y ofrecer una visión más global de la esfera social y política. Podríamos definir a estos estudiosos, entre los que creo poder ubicarme, como generalistas. El generalista pierde en profundidad de un tema lo que gana en exponer la complejidad de un ámbito mucho más extenso en sus distintas obras, los datos a manejar se amplían y hacen obligatorio un esfuerzo de coherencia para que el conjunto de las obras ofrezca una visión compacta.

Este libro sobre Rusia no es, pues, el de un especialista que se ha centrado en esta materia y ha publicado otros estudios y documentos al respecto, sino el de un generalista que

se ha ocupado previamente en otras obras de otros aspectos de la esfera política y social. Creo que esta obra tiene un valor por sí misma, como las otras anteriores, al que se le añade el valor suplementario de formar parte de un estudio complejo de amplias partes de dicha esfera política y social actual. En la bibliografía final se pueden encontrar una importante cantidad de obras de los especialistas en Rusia, incluso de expertos en aspectos concretos de Rusia, que los lectores interesados pueden consultar para una mayor profundidad en cada uno de dichos aspectos.

El presente libro tiene la pretensión de plantear una visión global de todos ellos, a la vez que ponerlos en relación con otros elementos de la realidad mundial analizados en otras de mis obras anteriores. Es por esta última razón por lo que en este libro se utilizan a veces algunos fragmentos y partes de capítulos de mis obras ya publicadas convenientemente señalados.

Por razones de claridad, la presente obra está estructurada en torno a tres bloques de análisis diferenciados. El primero se ocupa, a lo largo de los seis primeros capítulos, de analizar la naturaleza de Rusia en la actualidad, de las fuerzas políticas, las ideologías y los proyectos dominantes, haciendo un estudio no solo de la trayectoria de Rusia desde la desaparición de la URSS sino también de la historia precedente para comprender mejor el presente. Intentar comprender la deriva de Rusia que ha terminado desembocando en la guerra actual contra Ucrania sin el examen previo de este contexto sería una labor difícil e incompleta.

El segundo bloque se ocupa de analizar, a lo largo de siete capítulos, la política exterior de Rusia, su impacto en el espacio postsoviético y en otras partes del mundo, su enfrentamiento con Occidente, y sus relaciones con China. Aún separados estos trece capítulos en dos bloques diferenciados para su mejor exposición, en conjunto forman un estudio amplio de Rusia necesario para entender su deriva autoritaria y su objetivo re-imperializador.

Finalmente, el tercer bloque, formado por los tres últimos capítulos, se ocupa de la guerra contra Ucrania, de su desarrollo y de las consecuencias que está produciendo y que podría producir en todos los niveles.

Parte I

La contradictoria implantación del régimen putinista en Rusia

La invasión de Ucrania por parte de Rusia en febrero de 2022 suponía la conclusión de la agresión a dicho país iniciada en 2014 con la anexión de Crimea, seguida con la rebelión armada en el Donbás contra el gobierno de Kiev, alentada y apoyada desde Moscú, y culminada en la guerra abierta por ocupar militarmente Ucrania. De la misma manera, esta trayectoria suponía un creciente enfrentamiento con Occidente que terminaría, por el momento, en la ruptura total de relaciones económicas y políticas –mediante un cerco de crecientes sanciones económicas y el aislamiento en las relaciones internacionales– y en el enfrentamiento militar interpuesto con la OTAN que, sin llegar a intervenir directamente en el conflicto, apoya decididamente con armamento a la resistencia militar ucraniana.

En este primer capítulo nos ocuparemos del proceso de alejamiento progresivo de Occidente por parte de Rusia como una trayectoria que las agresiones exteriores de Moscú han impulsado al máximo pero que ya estaba siendo promovida desde muchos años antes por las élites rusas. Es importante analizar este aspecto porque ilumina el hecho de que la trayectoria re-imperializadora existente en Rusia se apoya en una visión de sí misma y de relación con el mundo, especialmente con Occidente, dominante entre las élites rusas y que ha sido transmitida a la mayoría del pueblo ruso para que, de esta manera, apoye pasiva o activamente la política exterior agresiva de Moscú. Esta tendencia que concibe a Rusia como una civilización especial que reclama militarmente un papel de gran potencia en el mundo a través de su

re-imperialización saldría reforzada y más agresiva si consiguiese una victoria militar en Ucrania y, por el contrario, se debilitaría o incluso podría quebrarse si Rusia fuese contenida y derrotada en Ucrania.

Igualmente nos ocuparemos en este capítulo de analizar la naturaleza del régimen político que representa el putinismo, porque existe una clara relación entre la naturaleza adoptada por dicho régimen y el objetivo de re-imperializarse y alcanzar el estatus de gran potencia. Es perfectamente legítimo plantear que, si la primera parte del gobierno de Yeltsin hubiese tenido éxito y en Rusia se hubiese conseguido implantar una democracia plena con una integración normal, en las instituciones internacionales no hubiese existido la posibilidad de que el nacionalismo imperial finalmente triunfase en la heredera de la Unión Soviética. El régimen autoritario que ha terminado implantándose en Rusia era una condición indispensable para su trayectoria re-imperializadora.

La posición geográfica de Rusia la sitúa en un puente entre Asia y Europa. En el pasado fue invadida y dominada por los mongoles, por la horda de oro, lo cual la expuso a las influencias asiáticas; por otro lado Rusia fue cristianizada, pero bajo la versión ortodoxa, no la católica o la protestante, dominantes en Europa, finalmente también Rusia se sintió más influenciada por la versión oriental del imperio romano, el bizantino. Estos últimos elementos son los que históricamente la han hecho pertenecer en parte a la cultura europea, pero de manera alejada. Rusia no fue influenciada por el Renacimiento o la Ilustración, su absolutismo fue más intenso y duradero, y el capitalismo solo había empezado a introducirse en el imperio cuando tuvo lugar la revolución bolchevique. Esta última contribuyó de manera importante a reforzar las diferencias y distancias con Europa, añadiendo durante siete décadas más elementos diferenciadores, la lucha del régimen soviético contra el capitalismo también se podía leer como la lucha de una civilización especial en la Unión Soviética, el

comunismo, contra el capitalismo y la democracia liberal en Occidente.

Durante un largo tiempo Occidente se identificó con Europa, luego, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, el concepto de Occidente se amplió al incluir, especialmente, a la potencia que devino hegemónica en el mundo, Estados Unidos. De manera que Rusia vivió tensionada en su auto-identificación entre considerarse una parte más de Europa, en ser más asiática, o en verse como una civilización diferente tanto de Europa como de Asia. En el siglo XIX, Rusia se encontró políticamente satisfecha cuando fue reconocida como una potencia más en el concierto de las naciones que dirigían el destino de Europa. En el siglo XX la Unión Soviética consiguió alzarse al nivel de gran potencia y ser reconocida como tal, en cuanto adversario principal, por la otra gran potencia mundial, los Estados Unidos. En el siglo XXI, una Rusia muy disminuida respecto a su potencia anterior, ha conocido un intenso debate interno sobre su auto-identificación, su relación respecto a Occidente y su papel en el mundo. Su posición geográfica, su historia y cultura propias y su herencia imperial han pesado enormemente en los debates internos, dando lugar a un período convulso tras el hundimiento de la URSS.

A partir de su despegue económico, científico y tecnológico Europa emprendió la conquista del mundo, y sus éxitos en los campos anteriores más el militar obligó a antiguos imperios o civilizaciones a plantearse su posición respecto a Europa. Más o menos la reacción fue similar en todas partes, se pretendía imitar los aspectos materiales del éxito europeo para alcanzar su nivel, pero intentando mantener los rasgos sociales, políticos o civilizacionales propios. En la mayoría de los casos esto no funcionó y dio lugar a deformaciones graves. Rusia fue un ejemplo más en este sentido.

Hasta finales del siglo XIX los intelectuales rusos sentían que Rusia estaba incluida en la civilización europea, aunque discrepasen entre ellos sobre el grado de influencia acepta-

ble. Pero a finales de ese siglo y aún más entre los intelectuales exiliados con la revolución bolchevique empezó a desarrollarse la idea de Rusia como una civilización especial ni europea ni asiática, fue el eurasianismo, del que nos ocuparemos en un capítulo posterior. Bajo el dominio soviético esta discusión desapareció en cuanto se auto-identificaba como un sistema totalmente diferente de Occidente, aunque también en este caso parcialmente, porque aunque su sistema sociopolítico y económico cambió radicalmente por una dictadura de partido-Estado y un control total de la economía por el Estado, siguió el modelo occidental del industrialismo y el modelo zarista del imperio. Pero, definida como una sociedad comunista, en realidad una dictadura burocrática de partido-Estado, ya por eso mismo era diferente y opuesta a Occidente.

No obstante, la discusión sobre la auto-identificación surgió con fuerza desde el momento en que la URSS entró en crisis y, luego, desapareció. El primer movimiento que se impuso entre las élites políticas desde el final de la perestroika hasta mediados de la década de 1990 fue el de la asimilación a Occidente, al que se contemplaba como el modelo de éxito político, social y económico. Gorbachov se refirió a la incorporación de Rusia a la “casa común europea”. Pero las reformas de Gorbachov naufragaron entre las presiones del sector conservador, que intentó el golpe militar fracasado de agosto de 1991, y la de los sectores partidarios de avanzar rápidamente al desmantelamiento del comunismo y su asimilación a Occidente, y que se impusieron tras aquel fracaso mediante la figura de Boris Yeltsin. El resultado fue la implosión territorial de la URSS, el fin del comunismo, el paso a un capitalismo deformado de oligarcas, y el fracaso en implantar el modelo democrático liberal de Occidente.

Por unos pocos años se impusieron los partidarios del regreso a Europa en el gobierno del Yeltsin, tanto por el fracaso de los golpistas en 1991, como por la derrota, en 1993, de la tendencia antioccidental concentrada en el Parlamen-

to ruso. La victoria de los occidentalistas, representados por el primer ministro Egor Gaidar, impulsor de la “terapia de choque”, y por el ministro de exteriores, Andrei Kozyrev, fue breve, apenas un lustro. Pero las potentes fuerzas antioccidentales, basadas en los distintos nacionalismos rusos en coexistencia, tampoco se impondrían definitivamente hasta la segunda década del siglo XXI.

La etapa de Yeltsin fue muy convulsa en consonancia con las intensas transformaciones que estaba conociendo Rusia. Su gobierno se inclinó por el acercamiento a Occidente con la adopción de gran parte de su modelo. La transformación capitalista utilizó una terapia de choque que provocó un desplome económico brutal, entre 1992 y 1998 su PIB se hundió un 30%, igualmente su esperanza de vida se redujo de manera importante. En política exterior Yeltsin privilegió la relación con Estados Unidos y Occidente, especialmente en los tres primeros años cuando la intensa transformación impulsada por Yeltsin aún encontraba importantes resistencias provenientes de la época soviética y que se concentraron en el parlamento. Esto significó marginar la influencia en el espacio euroasiático y continuar la línea iniciada con la perestroika de Gorbachov, ahora reforzada en cuanto el modelo donde se miraba Rusia era el occidental. En la segunda parte del gobierno de Yeltsin, a partir de 1994, la política exterior empezó a ser más independiente con más acercamiento a China y más alejamiento de la política occidental. Factores importantes en el giro de la política exterior fueron la intervención de la OTAN en las guerras del espacio yugoslavo, especialmente en Kosovo, y el reemplazo como ministro de exteriores de Kozyrev por Primakov.

Para comprender el desastre económico sufrido por Rusia en la década de 1990, al igual que en los demás Estados que se independizaron de la URSS, no solo hay que tomar en consideración los enormes problemas originados en la propia transición de una economía socialista estatalizada a otra de libre mercado capitalista, con un Estado muy debilitado

por los enfrentamientos internos y la ausencia de fuerzas articuladoras, también hay que tomar en cuenta que la URSS implionó sobre todo por los graves problemas económicos que había acumulado y que hicieron imposible tanto el mantenimiento de su política exterior imperialista como el propio sistema económico vigente.

En los años previos a la debacle de la URSS la situación económica y ecológica había empeorado de manera grave. La producción agrícola se había estancado a pesar de las inversiones realizadas y los equipos agrícolas estaban obsoletos o directamente inservibles, muchos productos se echaban a perder antes de llegar al mercado y la Unión Soviética se veía obligada a importar grano desde Estados Unidos. El abastecimiento energético sufría graves dificultades y grandes sectores de la industria y la producción energética estaban estancados. A esta situación económica hay que añadir los graves problemas ecológicos acumulados con emisiones incontroladas, vertederos de residuos nucleares peligrosos, envenenamiento, desecación o contaminación de los lagos Baikal, Aral, Caspio o Negro. La muestra más representativa de todos estos problemas fue el desastre nuclear de Chernóbil.

No es el objetivo de este libro entrar a analizar las disfuncionalidades de las economías socialistas estatizadas que llevaron finalmente a dos resultados históricos, el hundimiento del comunismo, como en la URSS y otros países, o la transformación en una economía capitalista bajo el control de un Estado nominalmente comunista, como en China. Solo se pretende poner en evidencia que en la década de 1990 Rusia afrontó una transformación económica total con el peso muerto de la herencia económica desastrosa de los últimos años de la URSS. Esta transición económica se hacía en paralelo a otras dos transiciones, una política que pretendía convertir la dictadura de partido-Estado anterior en una democracia liberal, y otra en las relaciones exteriores que buscaba pasar de un enfrentamiento global y total con Occidente a una colaboración estrecha con él.

Yeltsin demostró que solo era un líder oportunista que supo aprovechar la especial coyuntura del fracaso del golpe de Estado de 1991 para encumbrarse pero no tenía ni la capacidad personal ni el equipo para afrontar la titánica tarea a la que se enfrentó Rusia en 1990. Los problemas internos fueron formidables, el hundimiento económico –con la enorme inflación, caída del PIB, devaluación del rublo, crisis financiera de 1998, aumento de la pobreza y disminución de la esperanza de vida–, la casi guerra civil con el enfrentamiento entre Yeltsin y el Parlamento en 1993, la guerra de Chechenia, el aumento de la inseguridad ciudadana y el aumento de las bandas criminales, etc. Y en el plano exterior las guerras en el antiguo espacio yugoslavo llevaron a una intervención de la OTAN y Occidente para ponerles fin, lo que originó el final del acercamiento de Rusia a Occidente. En estas circunstancias el intento de implantar un régimen democrático liberal quedó vinculado a los ojos de los ciudadanos rusos a los resultados en el plano económico interno y la política exterior y, por lo tanto, sufrió un gran descredito.

Retengamos dos aspectos del fracaso del intento de asentar una democracia en Rusia. El primero es que nunca se produjo una alternancia de poder en Rusia desde el hundimiento de la URSS, el “partido del poder” se estableció con Yeltsin quien impuso a Putin que, a su vez, se mantuvo continuamente en el poder hasta este momento, siendo su intercambio con Medvédev solo un burdo truco para continuar gobernando. El segundo aspecto es que en la década de 1990 las únicas posibilidades de alternancia solo estuvieron a disposición de la alianza ultranacionalista roji-parda que hubiese puesto fin a la democracia más bruscamente aún que Putin.

En estas circunstancias el líder o partido que consiguiese mínimamente enderezar esta grave situación acumularía un gran capital político. Putin fue puesto a dedo en el poder por Yeltsin y puso en marcha diversas políticas que consolidasen su poder revirtiendo la situación de la década de 1990. La dureza de su respuesta en Chechenia le granjeó una gran popu-

laridad y apoyos, el aumento de los precios de los productos energéticos a partir de 2000 le ayudó a corregir la situación económica, consiguió mediante un pacto implícito de Estado controlar a los oligarcas y el crimen organizado, centralizó el poder y, finalmente, con la situación interna controlada, pudo pasar al objetivo exterior de re-imperializar Rusia. La re-imperialización se apoyó en la estabilización interna y en la creación de un claro régimen autoritario.

El programa de Yeltsin y su acercamiento a Occidente encontró desde el inicio una fuerte oposición mediante una alianza de ultranacionalistas y comunistas nostálgicos de la extinta Unión Soviética, una alianza roji-parda que tuvo su principal expresión en Rusia pero que también se replicó en otros países excomunistas.

“Con la descomposición y desaparición del PCUS en 1991 aparecieron una multitud de partidos procedentes de él con diferentes características que iban desde el comunismo estalinista hasta el nacionalismo, todos ellos compartiendo con la derecha nacionalista o ultranacionalista la oposición a las políticas de Yeltsin a las que acusaban de estar vendiendo Rusia a las potencias occidentales. Ambos grupos de partidos y organizaciones convergieron en febrero de 1992 en un consejo de fuerzas nacional-patrióticas bajo el liderazgo de Guennadi Ziuganov, dirigente comunista en el PCUS, opuesto a la perestroika y a Gorbachov, y líder de Partido Comunista de la Federación Rusa desde 1993. Fruto de esta alianza roji-parda fue la creación del Frente de Salvación Nacional que llevó a cabo una fuerte oposición a Yeltsin. En dicho Frente confluían una veintena de partidos y movimientos desde el ultraderechista Partido Republicano Nacional Ruso de Lysenko, hasta diversas organizaciones comunistas, como el Partido de los Trabajadores Comunistas Rusos, que un año más tarde concurrirían a la formación del Partido Comunista de la Federación Rusa, cuyo líder, Ziuganov, era co-presidente del FSN. A pesar de esta amalgama contradictoria la orientación más clara del FSN, en la que coincidían los diferentes

partidos y personalidades, como Aleksandr Dugin, era la defensa del ultranacionalismo ruso. Este Frente comenzó a desintegrarse en 1994.

Esta confluencia roji-parda no se basaba en una transformación súbita de importantes dirigentes del PCUS a raíz de la perestroika y el proceso de desintegración de la Unión Soviética, la penetración de un nacionalismo profundo en el interior del PCUS era muy anterior como se encarga de esclarecer Veljko Vujacic¹ en su estudio centrado en la figura del principal dirigente comunista tras el colapso de la Unión Soviética, Guennadi Ziuganov. Este dirigente sostendrá la hipótesis de que en el PCUS habrían coexistido en realidad dos partidos, el de los comunistas auténticos y los patriotas, de un lado, y el de los demócratas y cosmopolitas, de otro. El primero habría representado a la clase trabajadora y el pueblo en general, en tanto que el de los cosmopolitas lo formaría una influyente minoría cuya intención era realizar en Rusia experimentos sociales aventureros, y en él sitúa a Trotsky, Gorbachov, Yakovlev o Yeltsin.

Cuando el enfrentamiento de Gorbachov con el sector conservador del PCUS alcanzó sus máximas cotas, justo antes del golpe de Estado fracasado en 1991, este sector se volvió ya hacia los sectores nacionalistas de derechas en busca de una confluencia que les dotase de la fuerza que habían perdido dentro del partido, la consigna era la unificación de todas las fuerzas patrióticas que evitasen la deriva de la perestroika, confluencia que debería tener lugar bajo los objetivos de preservar el Estado, la justicia social, el gobierno popular y el patriotismo. Esto desembocó en la conferencia Por una Gran Rusia Unida en febrero de 1991 que reunió a organizaciones políticas y culturales desde los comunistas conservadores hasta los ultranacionalistas de derechas, y de donde saldría el Consejo de Coordinación de Fuerzas Patrióticas. El fracaso del golpe de Estado de 1991 y la ilegaliza-

1 Vujacic, Veljko, "Gennadiy Ziuganov and the 'Third Road'", *Post-soviets Affairs*, 1996.

ción del PCUS acentuó este acercamiento de los comunistas conservadores a la derecha nacionalista, allanando el camino para la formación del Frente de Salvación Nacional en el otoño de 1992.

La creación en 1993 del Partido Comunista de la Federación Rusa se hizo bajo el paraguas de unir la defensa de las tradiciones espirituales rusas con la justicia social en un programa patriótico para hacer frente a la amenaza cosmopolita. Las apelaciones tradicionales comunistas a la lucha de clases iban siendo sustituidas por la apelación al pueblo y la nación. Así, la debacle de la Unión Soviética es presentada como una conspiración de las potencias occidentales apoyada por los traidores dentro del partido comunista, y la lucha de clases sustituida por un choque de civilizaciones en el que un decadente Occidente es presentado como una grave amenaza para la existencia cultural y geopolítica de Rusia. De esta manera, los nuevos comunistas rusos hacían su aportación a la que posteriormente sería una doctrina más depurada por Duguin, el eurasianismo².

En las elecciones presidenciales de Rusia en 1996 las fuerzas antioccidentales y nacionalistas rusas estuvieron cerca de alcanzar el poder y dar un giro a la trayectoria de Rusia; en esas elecciones el candidato comunista Guennadi Ziuganov, apoyado por su propio partido más otras formaciones nacionalistas como el Partido Liberal Democrático de Rusia, obtuvo el 34,4% de los votos frente al 35,9% de Boris Yeltsin en la primera vuelta, mientras que en la segunda vuelta de las elecciones Yeltsin venció a Ziuganov más ampliamente, 53,8% frente al 40,3%. Esta victoria de Yeltsin fue posible gracias al importante apoyo financiero recibido de los principales oligarcas y de los medios de comunicación, incluso se ha llegado a especular con la utilización de fraude electoral. Es legítimo plantearse que si en 1996 hubiese alcanzado el poder un líder comunista y nacionalista imperial nostálgico de

2 Sánchez Rodríguez, Jesús, *La izquierda en su laberinto*, Editorial Popular, Madrid, 2020, págs. 147-150.

la URSS como Ziuganov –que, en este sentido, se asemeja al líder serbio Milosevic, responsable último de las guerras en los Balcanes al disolverse Yugoslavia– es muy probable que Rusia hubiese seguido la trayectoria de agresión de Serbia y las guerras, finalmente llevadas a cabo por Putin en el espacio postsoviético, hubiesen tenido lugar en la segunda mitad de la década de 1990, tal vez con una mayor extensión que en la actualidad. Es una hipótesis imposible de verificar pero que tiene muchas probabilidades de ser cierta.

Lo que se puede señalar es que hubo similitudes y diferencias en la implosión de dos Estados comunistas multinacionales como fueron Yugoslavia y la URSS. Además de las similitudes señaladas hubo otras dos importantes, en cada uno de los dos casos existía una nacionalidad hegemónica, y esta nacionalidad rechazó la pérdida de su hegemonía en el antiguo espacio yugoslavo y soviético, en un caso fueron los serbios y en el otro los rusos, finalmente, otra similitud importante es que tanto en Rusia como en Serbia se forjaron coaliciones roji-pardas de marcado nacionalismo irredentista. Las dos diferencias más importantes entre estos dos casos, al menos inicialmente, radicaban en que en Yugoslavia, tras su implosión y aparición de nuevos Estados independientes, las minorías serbias residentes en los nuevos Estados iniciaron rápidamente insurrecciones que llevaron a guerras civiles y las guerras de Serbia con algunos de los nuevos Estados, para ello Serbia contó con un importante líder al frente de su alianza roji-parda, Milosevic. En el caso ruso el curso de los acontecimientos fue diferente, las minorías rusas en otros Estados (unos 25 millones en 1990), por ejemplo Lituania, Estonia, Letonia, Ucrania o Kazajistán, no se lanzaron por la vía insurreccional –solo en la región moldava de Transnistria hubo una copia de la vía serbia– y la coalición roji-parda fue derrotada en el enfrentamiento de 1993 y en las elecciones de 1996, no ascendiendo, de esta manera, ningún líder capaz de galvanizar el nacionalismo imperial, ese líder pudo haber sido el comunista Ziuganov, pero fue neutralizado en 1996.

Sin embargo, la vía serbia de insurrección de las minorías rusas en otros Estados ha sido la utilizada por Putin desde 2014 en Ucrania tras fracasar en sus intentos de transformar a este país en un Estado vasallo, como Bielorrusia, a través de la vía electoral.

En cualquier caso, la correlación de fuerzas expresada en las elecciones de 1996 llevó a modificar las posiciones en el gobierno de Yeltsin, que dejó de mantener orientaciones prooccidentales. En ese momento se impusieron las denominadas fuerzas del “centrismo patriótico”, que expresaban el rechazo tanto a los liberales prooccidentales anteriores como a los comunistas. La expresión de esta nueva línea la representó Yevgeny Primakov, primero como ministro de asuntos exteriores entre 1996 y 1998 y, luego, como primer ministro entre 1998 y 1999. La “doctrina Primakov” representaba ese giro en exteriores con la defensa del multilateralismo frente a la hegemonía norteamericana, la influencia rusa sobre las repúblicas exsoviéticas, y la búsqueda de una alianza con China e India. Junto a él otras dos figuras importantes de este “centrismo patriótico” fueron el alcalde de Moscú Iurii Luzhkov y el que fue tercer candidato presidencial en 1996, Aleksandr Lebed. La orientación ideológica de esta tendencia era ambigua o inexistente buscando estabilizar a Rusia y recuperar su poder. Como señala Marlene Laurelle esta tendencia instaba “a Rusia a preservar sus intereses estratégicos en su ‘extranjero próximo’ sin volver a una lógica soviética o imperial; a desarrollar una postura diferenciada en la arena internacional sin volver a los patrones de confrontación con Occidente de la Guerra fría; y a reestructurarse internamente reafirmando el papel del poder central sin volver a crear un régimen basado en la ideología”³.

Las fuerzas nacionalistas y de recuperación del papel de gran potencia de Rusia habían conseguido marginar a las li-

3 Laurelle, Marlene, “Russia as an anti-liberal european civilisation”, en Pål Kolstø and Helge Blakkisrud (editores), *The New Russian Nationalism. Imperialism, Ethnicity and Authoritarianism, 2000-15*, pág. 283.

berales prooccidentales pero aún no habían sido capaces de tomar el control en Rusia; la siguiente batalla se daría en el seno del régimen inaugurado por un personaje promocionado inesperadamente por Yeltsin, Vladimir Putin. En 1999 Yeltsin había llegado al final de sus días políticos con un fuerte deterioro físico y el reemplazo se hacía urgente. Los liberales prooccidentales de la primera etapa estaban desacreditados y todo parecía apuntar a la consolidación de la tendencia del "centrismo patriótico" expresado ahora ya en un partido propio encabezado por Primakov y Luzhkov, Patria-Toda Rusia. Sin embargo, quien sería elegido, a propuesta de Yeltsin, nuevo presidente en el año 2000 fue Putin, quién inicialmente no representaba más que una versión del "centrismo patriótico" y, de hecho, los líderes y fuerzas que apoyaban Patria-Toda Rusia terminaron convergiendo en el partido de Putin, Rusia Unida, tras la victoria de aquel. Putin fue designado primer ministro por Yeltsin en agosto de 1999, luego Yeltsin dimitió en diciembre de 1999 dejando de presidente interino a Putin hasta las elecciones de marzo de 2000, período en el que se desarrolló la segunda guerra chechena en la que Putin hizo gala por primera vez del empleo de métodos drásticos que le granjearon el apoyo popular que le ayudó a ganar las elecciones.

La victoria presidencial de Putin en el año 2000 representó la definitiva neutralización de las fuerzas comunistas y nacionalistas que habían estado a punto de conseguir el poder en 1996, pero el precio de esa neutralización fue la adopción paulatina del programa de aquellas de reconstrucción vertical del Estado y de búsqueda del papel de gran potencia por parte de Putin.

Con la disolución de la Unión Soviética, en la Federación Rusa se enfrentaron diferentes fuerzas durante la década de 1990. Los partidarios de un rápido desmantelamiento de la economía estatal anterior y el paso a una economía capitalista consiguieron éxitos iniciales que generaron un capitalismo deformado de oligarcas procedentes del anterior aparato